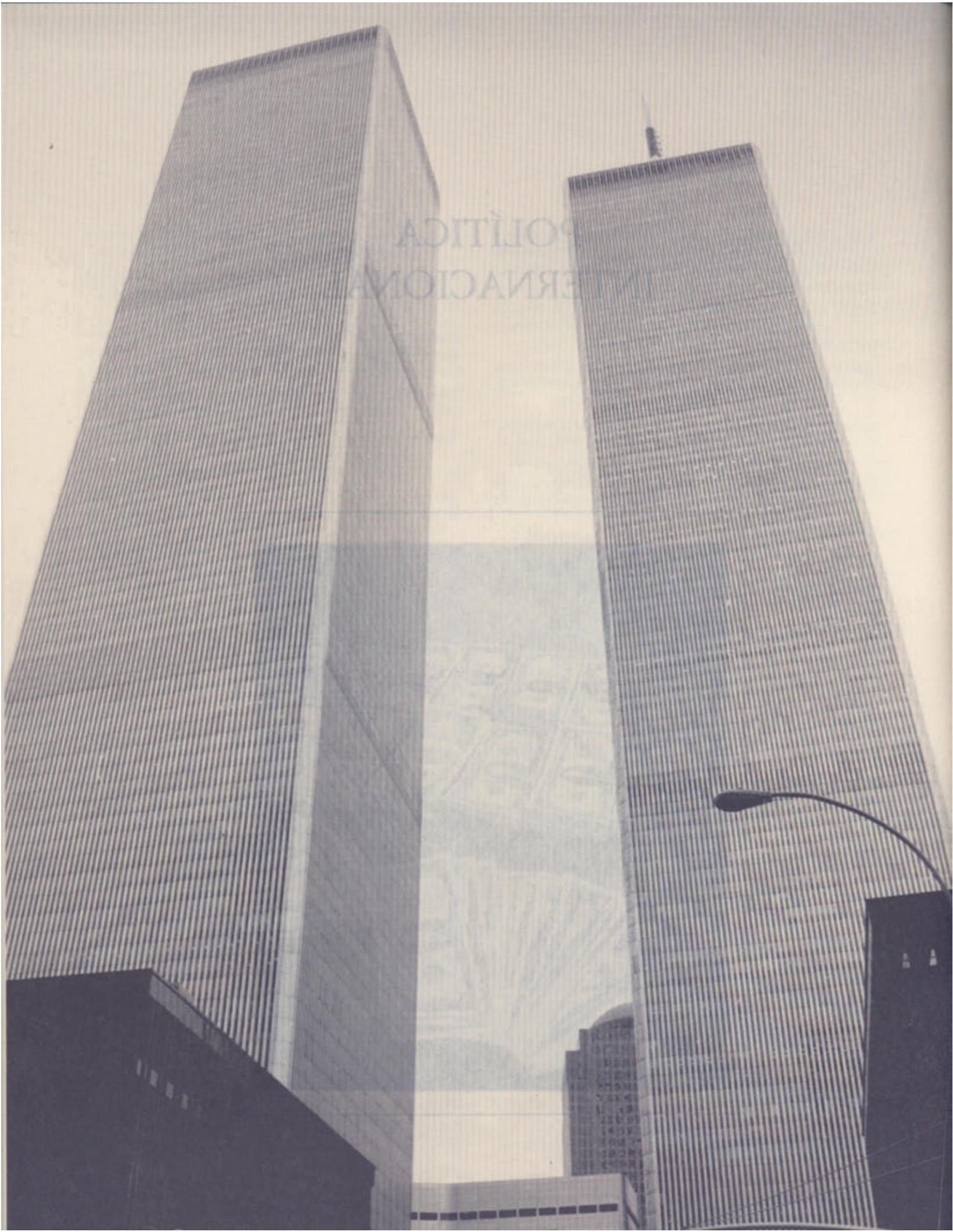


# POLÍTICA INTERNACIONAL

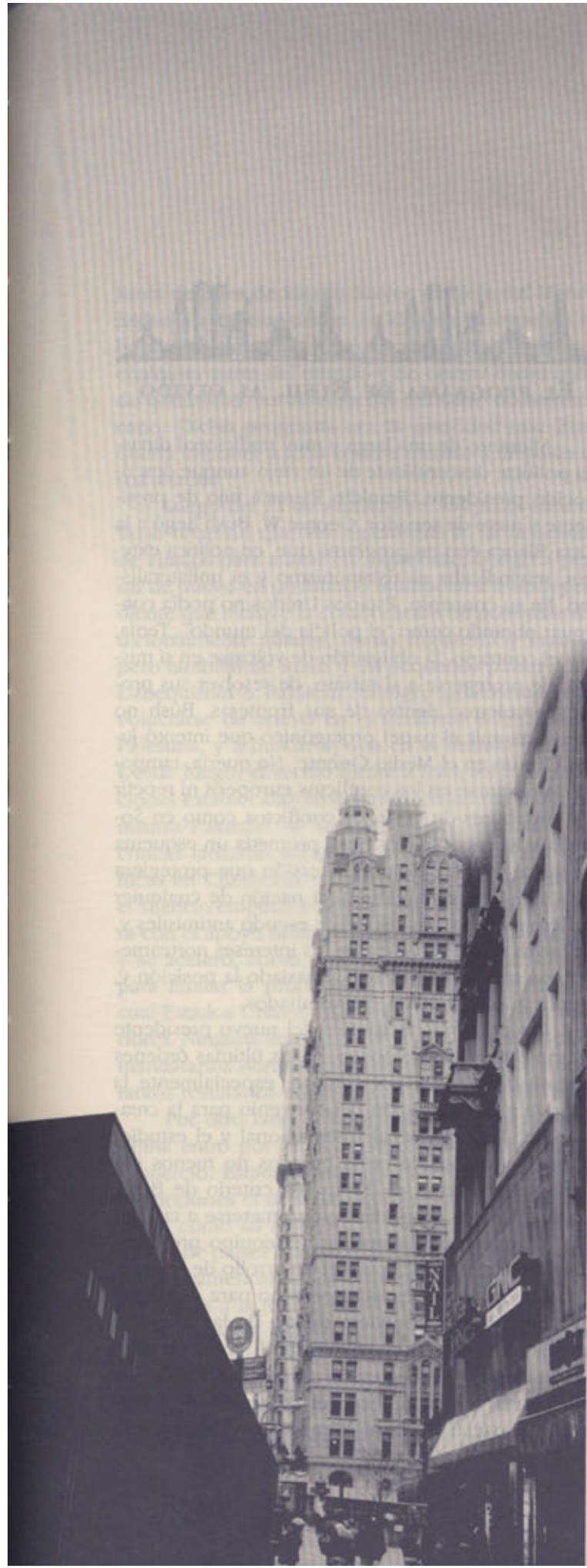




POLÍTICA  
INTERNACIONAL

1971

1971



DESPUÉS DE LAS  
TORRES.  
IMPLICACIONES  
DE LOS SUCESOS  
DEL 11 DE  
SEPTIEMBRE  
PARA EL MUNDO Y  
COLOMBIA

ADOLFO LEÓN ATEHORTÚA CRUZ\*  
DIANA MARCELA ROJAS RIVERA\*\*

\* Departamento de Historia, Universidad del Valle  
\*\* IEPRI, Universidad Nacional de Colombia



tónitos, los latinoamericanos y el mundo entero hemos presenciado la manera como un pequeño grupo de hombres, armados de puñales y cortapapeles, pusieron en jaque al país más poderoso del planeta. El hecho

fue mostrado en vivo y en directo a casi todos los rincones de los cinco continentes, y lo hemos visto en diferido una y otra vez hasta el aprendizaje de memoria o el cansancio.

El acontecimiento ha sido histórico por su propia naturaleza. Tal como el 9 de abril partió en dos la historia de nuestros padres y abuelos en 1948, el 11 de septiembre de 2001 será una fecha inolvidable para todos los estadounidenses en las presentes generaciones. De la misma manera como nadie olvidó en Colombia dónde se hallaba en el momento en que ocurrió el asesinato de Gaitán o cómo se enteró de la tragedia, nadie en Estados Unidos borrará de su vida el instante en que observó por primera vez las imágenes del derrumbe total del World Trade Center en Nueva York, o recibió la noticia de su desastre.

No se pretende con el presente escrito describir una vez más lo sucedido. Más allá de las realidades crudas y palpables que los hechos encierran y transmiten con sus características visibles, corresponde al análisis hurgar en todo aquello que se esconde a la mirada simple y desprevenida de los espectadores, para comprender y desnudar el devenir de una historia que, cada vez más, involucra a todos los habitantes de la tierra.

Por suerte, la preocupación con respecto a los sucesos del 11 de septiembre y sus secuelas ha sido plural y considerable. Internet es la mejor muestra. Y, en ese sentido, las páginas siguientes son sólo una contribución más en ese océano. Su contenido, por razones expositivas y hermenéuticas, ha tomado una pregunta como guía. Todos los ciudadanos del mundo vimos caer a las torres gemelas de la ciudad de Nueva York. Pero, *¿qué implicaciones tiene lo sucedido, para el propio Estados Unidos, para el mundo entero y para Colombia?* Intentamos sugerir algunas respuestas.



## EL PROGRAMA DE BUSH, AL OLVIDO

Miembro de una larga y muy tradicional dinastía política; descendiente de un viejo aunque desconocido presidente (Franklin Pierce); hijo de presidente y nieto de senador, George W. Bush llegó a la Casa Blanca con un programa que, en política exterior, reivindicaba el aislacionismo y el unilateralismo. En su concepto, Estados Unidos no podía continuar obrando como "el policía del mundo". Tenía, por el contrario, la obligación de volcarse en sí mismo, de protegerse a sí mismo, de resolver sus propios problemas dentro de sus fronteras. Bush no quería asumir el papel protagónico que intentó jugar Clinton en el Medio Oriente. No quería, tampoco, inmiscuirse en los conflictos europeos ni repetir los sinsabores de costosos conflictos como en Somalia y Kosovo. La era Bush prometía un esquema diferente a partir de una inversión que protegiera radical y definitivamente a su nación de cualquier peligro nuclear a través de un escudo antimisiles y, en forma paralela, defender los intereses norteamericanos sin que importara demasiado la posición y, menos aún, la presión de sus aliados.

Las primeras decisiones del nuevo presidente fueron dirigidas al bloqueo de las últimas órdenes ejecutivas dictadas por Clinton, especialmente la referida a la ratificación del convenio para la creación del Tribunal Penal Internacional y el estudio, para aprobación, de otros tratados no menos importantes, como el de Kioto. En criterio de Bush, Estados Unidos no podía comprometerse a tanto.

En materia de seguridad, el equipo presidencial estaba preparado para el desarrollo de la capacidad militar en el espacio pero no para una agresión cuyo origen estuviera dentro de las fronteras norteamericanas. Donald Rumsfeld, antes de ocupar su cargo como secretario de defensa, había presidido una comisión sobre el desarrollo de armamento espacial. Richard Meyers, presidente de la

Junta de Jefes de Estado Mayor, era jefe del Mando Espacial estadounidense. La idea era la creación de bombarderos capaces de atacar desde el espacio a cualquier parte del mundo y de operar como escudo antimisiles en defensa del territorio norteamericano. Dicho programa era la prioridad que Bush quería imponer a toda costa e incluso a disgusto de sus aliados.

Luego del 11 de septiembre, los propósitos de Bush tuvieron que ser replanteados. La necesidad de aliados para atacar en Afganistán, obligó a pensar de nuevo en un mundo multipolar e interdependiente que incluye la colaboración de potencias tradicionalmente aliadas, como Inglaterra y Francia, pero también de Rusia y de pequeños países como Uzbekistán o Pakistán. Obligó, igualmente, a involucrarse de nuevo en el conflicto entre Israel y Palestina, y a buscar apoyo en el mundo islámico. Desde luego, el recelo frente a Irán, así como sanciones establecidas en el pasado contra la India y el mismo Pakistán, se levantaron de inmediato. Las críticas lanzadas sobre Rusia con motivo del conflicto en Chechenia corrieron igual suerte. Incluso el silencio empezó a ser solidario y agradecido ahora con el apoyo militar o humanitario de Tayikistan, y se aceleró, como nunca, la firma de un acuerdo para limitar la producción de armas nucleares, al cual Estados Unidos se había negado en años anteriores. Ninguna entrevista de un presidente ruso con mandatarios norteamericanos obtuvo en la historia tantos resultados como la más reciente con Putin.

Por otro lado, y luego de múltiples evasivas, China entró por fin a la Organización Mundial de Comercio. Estados Unidos se dispuso a firmar sin restricciones el acuerdo de Kioto y tanto su presidente como su canciller se entrevistaron con dirigentes de países que no eran prioritarios en la agenda norteamericana, como Indonesia, o que estaban sometidos a la inercia de la política exterior, como Arabia Saudita, Kuwait, y Emiratos Arabes: países

que figuraron de nuevo como piezas claves en el ajedrez internacional de Bush, al lado de Egipto, Yemen, Sudán y Jordania.



## NO HAY PAÍS INVULNERABLE

Entre crítica y nostálgica, la prensa norteamericana ha lamentado la situación de ensueño y tranquilidad que caracterizó al país en los últimos diez años. Obcecado por un triunfalismo prepotente, *Estados Unidos durmió en su prosperidad aparente y descuidó la capacidad que poseían los conflictos en el mundo para afectar su entraña*<sup>1</sup>.

El despertar fue dramático. La conclusión más elemental que los atentados dejaron a la ciudadanía norteamericana, no es otra que la vulnerabilidad de su país. Estados Unidos comprendió cuán débil era frente a una guerra no convencional ni nuclear; cuán desprotegido se encontraba frente a la amenaza organizada de enemigos que creía ridículos y alejados de sus fronteras. De repente descubrió que estaban cerca y que podían utilizar a los propios ciudadanos e instrumentos americanos para estrellarlos como misil en los símbolos más desafiantes del poder. Por primera vez en su historia, exceptuando los conflictos de independencia y secesión en los siglos XVIII y XIX, Estados Unidos tuvo la obligada oportunidad de conocer y de sentir los significados reales de la guerra y del terror en su propio suelo.

Sin embargo, lo sucedido en las Torres Gemelas y en el Pentágono sólo era el comienzo. William Cohen, secretario de defensa en el gobierno Clinton, reconoció como posibles los futuros riesgos: *"con todo lo horribles que fueron los ataques de ayer, debemos prepararnos para algo peor. Los americanos deben pensar lo impensable: que tal vez el próximo ataque incluya un agente biológico contagioso*

1 *The Washington Post*. Miércoles 12 de septiembre de 2001.

*transportado hasta nuestro suelo o nuestro espacio aéreo en una maleta o una botella*<sup>2</sup>. Se equivocó: llegó en sobres de correo con pequeñas dosis de antrax que, al amenazar los principales centros del poder y a importantes medios de comunicación, obligó a una movilización sin par para examinar uno a uno decenas de edificios, a miles de empleados y pobladores posiblemente infectados, y a millones de sobres y paquetes de correo. Si bien esta última serie de diminutos atentados ha dejado una reducida cifra de muertos y hospitalizados, los costos políticos y económicos, así como su incidencia en el estado de ánimo y vida cotidiana de los norteamericanos, ha sido tan gigante como la propia desolación causada por la caída de las torres. Desde luego, a todo ello se sumó la desconfianza frente a la seguridad que en otros tiempos se consideraba garantizada por el Estado: muy pocas personas están dispuestas a utilizar el transporte aéreo en Estados Unidos o a salir de vacaciones. Menos aún cuando otro avión de American Airlines cae sobre Nueva York en circunstancias que la aeronáutica no logra explicar satisfactoriamente a los norteamericanos.



## PROCESO Y ERRORES DE LA RESPUESTA

La primera concepción que apareció en escena, prefigurando una respuesta frente a la ofensa recibida, corrió a cargo del presidente George W. Bush. Inmediatamente después del atentado contra las torres gemelas, Bush afirmó en La Florida que no estaba dispuesto a que unos *"terroristas fanfarrones"* le impidieran su regreso a Washington<sup>3</sup>. Sin embargo, ocurrió así; permaneció deambulando por otros estados de la Unión, prácticamente oculto por seguridad, y no pudo retornar a la Casa Blanca hasta las horas de la noche. El adjetivo utilizado, "fanfarrón", es un viejo calificativo empleado en las películas de John Wayne para identificar al pistolero cobarde que presume o hace alarde de coraje y de

valor sin poseerlos realmente. Para cualquier observador, es obvio que los autores de los atentados podrían ser todo, menos "fanfarrones" y, por consiguiente, se trataba de un primer error de apreciación del presidente que, si bien pudo parecer insignificante, reveló desde temprano las tradicionales concepciones de la prepotencia americana que estarían presentes al momento de las decisiones.

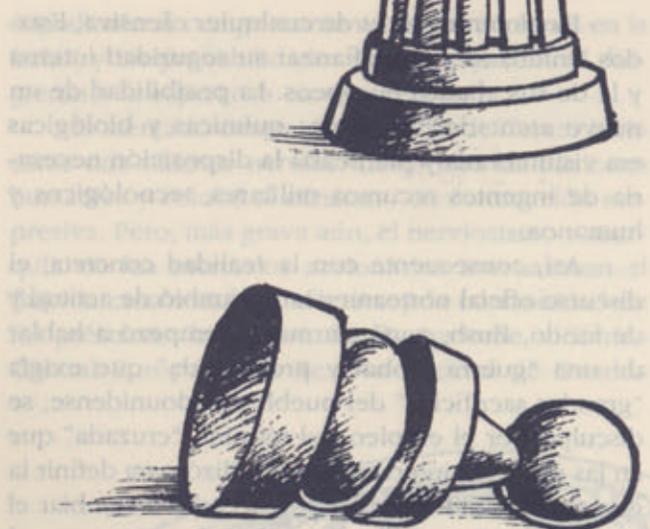
El lenguaje de Bush fue imitado por el vicepresidente Dick Cheney. Amenazante, éste último advirtió que *"la cólera estadounidense"* caería *"sin contemplación"* contra *"aquellos países que otorgan santuarios a los terroristas"*. De hecho, el tono de Bush se hizo más patético. El miércoles 12 anunció la necesidad inmediata de *"una monumental lucha entre el bien y el mal"*; habló de *"perseguir y cazar"* a los autores de los atentados y no pudo resistir la tentación de recordar los viejos carteles del Oeste Americano: A Osama, dijo, lo queremos *"vivo o muerto"*<sup>4</sup>.

Es posible que algunas frases encuentren explicación ante el horror de la agresión sufrida. Igualmente, algunas otras son aquellas que buena parte de la población estadounidense deseaba escuchar en el momento. Pero Bush es el presidente de una nación y no un agitador de radio. Desde luego, las frases encierran un alto e irreflexivo contenido belicista y una tradicional forma de observar las cosas. Hecho que, precisamente, ha constituido el origen de aquello que intenta combatirse. Como siempre, el histórico discurso norteamericano intentó definir, de nuevo, quiénes son los buenos y quiénes los malos en el mundo. El tono bipolar y maniqueo de la guerra fría, que señaló como fuente de toda maldad al comunismo, encontró una nueva réplica: *"están con nosotros o están con el terrorismo"*, fue la frase para interpretar y fraccionar a los habitantes del planeta con los nuevos parámetros del presidente Bush.

No obstante, poco después del calor producido por los atentados, comenzó a surgir un lenguaje que, desde la diplomacia, pero también desde el análisis estratégico de la realidad política y militar, inclinaba los esfuerzos hacia la búsqueda de

aliados. Aunque algunas voces como la de Henry Kissinger exigían una respuesta inmediata con los generalizados bombardeos de costumbre<sup>5</sup>, y otros como el secretario de defensa, Donald Rumsfeld, proponían una amplia ofensiva que incluyera a Afganistán, a Irak y a otros países de la región<sup>6</sup>, Colin Powell propuso la construcción inicial de un bloque con el mayor número de aliados para la persecución y captura de Bin Laden. Se trataba, entonces, de esperar con prudencia para ganar adeptos, de agotar las instancias necesarias para mostrarle al menos a los amigos incondicionales quiénes fueron los autores intelectuales del atentado y, a partir de allí, solicitar una condena universal que comprometiera en conjunto a las Naciones Unidas. Fue así como surgió la idea de una "coalición internacional contra el terrorismo" que, más allá de la OTAN y de los reconocidos aliados norteamericanos, integrara a Rusia, a China y, sobre todo, a los países árabes y a la mayor parte del mundo islámico, al tiempo que neutralizara a los países más radicales.

En efecto, el ajedrez del conflicto se dibujaba en forma complicada. Con solo ver a Afganistán en el mapa podía comprenderse que cualquier acción necesitaba contar con el apoyo decidido de países vecinos como Pakistán, Irán, y tres naciones de la antigua Unión Soviética. Golpear a los Talibanes, por otra parte, significaba fortalecer a sus enemigos y, más concretamente, a la Alianza del Norte, en la cual Estados Unidos no ha confiado plenamente. Se precisaba, además, del uso de la infantería con el riesgo evidente de bajas, lo cual no es apreciado por el pueblo norteamericano, acostumbrado a guerras aéreas con cero muertos. Finalmente, el derribo de uno o dos aviones espías por baterías antiaéreas afganas, así como la



historia de este pueblo con victorias militares sobre Inglaterra y la Unión Soviética, constituían un nítido presagio de las dificultades.

Por supuesto, el apoyo de Pakistán no era fácil. La mayor parte de la población se identifica, por vía religiosa pero también étnica, con los talibanes afganos. De contera, Estados Unidos no podía arriesgar una crisis total en Asia central, y menos aún en países que poseen armas nucleares. La Primera y la Segunda Guerras Mundiales son una enseñanza concreta con respecto a la participación de gobiernos en un conflicto bélico que, ajenos al apoyo popular, perecen ahogados por insurrecciones domésticas. Tal fue el caso del Zar en Rusia, en 1917, y de algunos países de Europa Oriental en 1945. De modo que era necesario prevenir el peligro sobre Pakistán, pero también sobre Indonesia y Arabia Saudita.

2 *El País*, España. Miércoles 12 de septiembre de 2001.

3 *The New York Times*. Miércoles 12 de septiembre de 2001.

4 *El Tiempo*. Septiembre 12 a 16 de 2001.

5 *El Tiempo*. Lunes 17 de septiembre de 2001.

6 *El Tiempo*. Domingo 23 de septiembre de 2001.



Finalmente, antes de cualquier ofensiva, Estados Unidos requería afianzar su seguridad interna y la de sus aliados europeos. La posibilidad de un nuevo atentado con armas químicas y biológicas era vislumbrada y planteaba la disposición necesaria de ingentes recursos militares, tecnológicos y humanos.

Así, consecuente con la realidad concreta, el discurso oficial norteamericano cambió de actitud y de fondo. Bush, particularmente, empezó a hablar de una "guerra global y prolongada" que exigía "grandes sacrificios" del pueblo estadounidense; se disculpó por el empleo del término "cruzada" que en las primeras intervenciones utilizó para definir la guerra contra el terrorismo, y accedió a cambiar el nombre de la operación "justicia infinita", que en el credo musulmán sólo es atribuida a Dios, por el de "libertad duradera". Otras opiniones, como la de Robert McNamara, un antiguo consejero de seguridad en época de Kennedy, avanzaron mucho más. McNamara propuso, como tarea concreta, examinar con seriedad las razones por las cuales "*personas inteligentes, algunos con el título de pilotos, estaban dispuestas a hacer el extraordinario esfuerzo de preparar un ataque tan diabólico y brillante y a sacrificar de buen grado su vida*". Como eco, *The New York Times* advirtió la necesidad de emitir una respuesta contraria al estilo de Israel, "tan absurdo como ineficaz".

Después de transcurridas varias semanas, la estrategia aplicada finalmente por Estados Unidos deja aún mucho que desear. En contra de lo esperado, las operaciones militares apuntaron, en lo fundamental, al bombardeo aéreo. Las equivocaciones y la agresión injustificada contra la población civil, la Cruz Roja y la misma ONU en territorio afgano, no estuvieron ausentes. La infantería actuó poco y se limitó a rápidas acciones de comando cuya eficacia resultó bastante lenta. La idea de un gobierno de coalición en Afganistán, que incluyera al antiguo rey, al depuesto presidente y a las diversas etnias del país, sin descartar a los "talibanes moderados", fracasó totalmente. El desorden general, el fraccionamiento del país, la continuación de una

guerra civil más polarizada, el refugio de una fuerte guerrilla en las montañas, la persistente e inmisericorde violación de los derechos fundamentales y una atroz miseria en un crudo invierno de hambre, son las consecuencias más visibles.



### LOS PELIGROS EN LA ECONOMÍA Y LA RESURRECCIÓN DE KEYNES

Inmediatamente después de que el segundo de los aviones secuestrados se estrellara contra la torre sur del World Trade Center, las bolsas de valores en el mundo entero registraron el impacto. De la misma manera como los edificios cayeron en picada, lo hicieron los índices bursátiles. Wall Street cerró al instante. Pero no sólo fue una medida solidaria o de seguridad frente a lo sucedido a pocas cuadras; también fue una medida económica para evitar la hecatombe: cuando el estruendo llegó al oído de los inversores, todos buscaron deshacerse de sus acciones a cualquier precio.

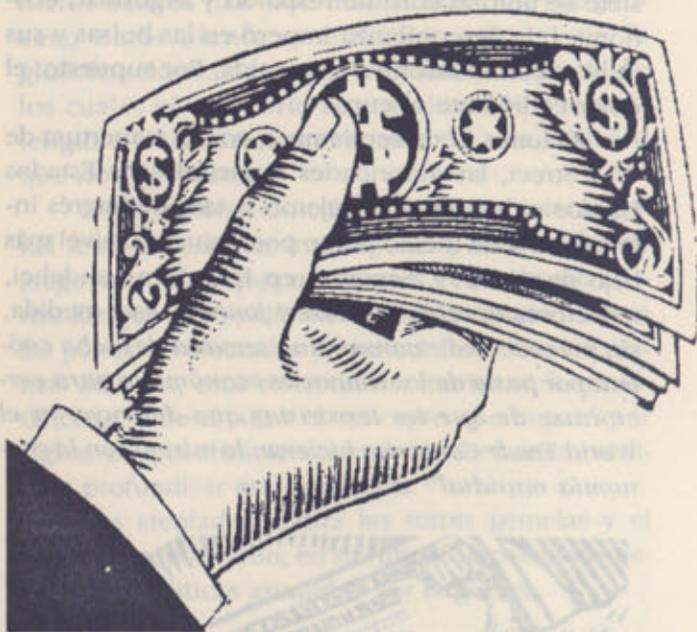
Las bolsas europeas no tuvieron disculpa para el cierre y tuvieron que vivir el desplome de sus índices. En pocos minutos, el descenso llegó al diez por ciento y el pánico empezó a apoderarse del esquema financiero. Los valores de las compañías petroleras subieron, en cambio, al ritmo en que lo hacían los precios del crudo. El temor a una falta de suministro empujaba sus cotizaciones hacia arriba, sin que pudiera evitarlo una emergente medida: el cierre del New York Mercantile Exchange, el mayor mercado de energía del mundo, que intentaba impedir la presencia de cotizaciones. A diferencia del petróleo, las aseguradoras, las líneas aéreas y las compañías de turismo, directamente afectadas por el atentado, se fueron hacia abajo acompañadas por los bancos. Entonces, el dinero buscó refugio desesperado en el oro, el franco suizo, o los títulos representativos de deuda pública, particularmente aquellos emitidos por gobiernos más solventes y alejados del conflicto. A menudo, los capitalistas son

amigos de la guerra; pero antes de que ésta estalle, colocan a salvo sus vidas y aseguran sus riquezas<sup>10</sup>. La mayoría de las bolsas en América Latina fueron más pragmáticas. Prefirieron cerrar en lugar de contemplar la caída de sus índices. Nuestros ricos son menos audaces y más pobres. Decidieron, simplemente, seguir el ejemplo de Wall Street.

El desespero económico y las amenazas de una recesión global, sin embargo, no surgieron con la caída de las torres gemelas. Semanas atrás, la economía de Estados Unidos había iniciado ya una tendencia al declive, afectando aquellas de la Unión Europea y Japón. Durante el primer semestre de 2001, por ejemplo, las curvas de la producción industrial mundial y de los flujos de comercio internacional detuvieron su incremento y doblaron en descenso<sup>11</sup>. Al descubierto, quedó un flujo de capital por encima de sus posibilidades. La inversión norteamericana disminuyó y el endeudamiento se apoderó de sus bolsillos. Se desinfló el enriquecimiento financiero, cayó el ahorro, y prosperaron las dificultades para responder por las deudas adquiridas. La madeja, como siempre, se rompió por el punto más débil: en las empresas florecieron los despidos<sup>12</sup>. Las autoridades del Departamento norteamericano del Tesoro intentaron evitar el colapso disminuyendo las tasas de interés a corto plazo, en tanto que el gobierno redujo los impuestos. No obstante, el mercado accionario continuó deprimido y los inventarios elevados. Por consiguiente, el significado de los indicadores económicos quedó

supeditado al comportamiento de las acciones en la bolsa, y las probabilidades de recuperación se dirigieron a la esperanza en el consumo.

El atentado contra el World Trade Center hirió estos dos últimos nervios: desplomó las acciones bursátiles y colocó al consumo en contracción sorpresiva. Pero, más grave aún, el nerviosismo y anarquía de los mercados accionarios amenazaron el flujo internacional de efectivo y la continuidad de los préstamos bancarios. Al día siguiente, el Banco Central Europeo y la Reserva Federal de Estados



7 Citado en <http://www.el pais.es>. Especial "Terrorismo en U.S.A."

8 En la tarde, el cierre fue menos traumático: Francfort cerró con un descenso del 8.49 %, Milán alcanzó un 7.42% y París un 7.39%. Londres y Madrid tuvieron resultados más favorables: 5.72% y 4.64%, respectivamente. Información Bursátil. Le Monde, Miércoles 12 de septiembre, 2001. <http://www.lemonde.fr>

9 El precio del barril Brent, petróleo procedente del Mar del Norte, aumentó un 13%, el alza más considerable desde 1998. Las grandes petroleras cerraron con ganancias cercanas al 4% como media. El País, España. Miércoles 12 de septiembre, 2001. <http://www.el pais.es>.

10 Algo similar sucedió al borde de la segunda guerra mundial, cuando las bolsas se desplomaron más allá del cinco por ciento en sus respectivos índices.

11 The Economist. <http://www.economist.com>. World; Finance&economics.

12 The Wall Street Journal Interactivo, había calculado en 300 mil los despidos realizados en Estados Unidos durante el primer semestre de 2001. <http://interactivo.wsj.com>.

Unidos lanzaron, por esa razón, un enorme salvavidas<sup>13</sup>. Cada uno de los organismos aprobó inyectar al mercado 50.000 millones de dólares para garantizar la liquidez de los bancos. La Reserva Federal norteamericana abrió la ventana de descuento para asegurar el curso del dinero y los europeos siguieron adelante: inyectaron 63.000 dólares más, imitados por los japoneses con otros 17.000. Las medidas respaldaron el funcionamiento de los mercados y evitaron un colapso total de la economía mundial, tras asegurar la liquidez en divisas norteamericanas. Sin embargo, aunque el Grupo de los siete se unió al coro de respaldo y seguridad económica, la desconfianza imperó en las bolsas y sus índices continuaron en leve caída. Por supuesto, el dólar cedió ante el euro.

El lunes 17 de septiembre, con la reapertura de Wall Street, las autoridades monetarias de Estados Unidos y de Europa redujeron la tasa de interés interbancaria un medio punto porcentual, su nivel más bajo desde 1959. Según Grep Ip y Kim Vandehei, redactores de *The Wall Street Journal*, esta medida, sin precedentes, "coronó una semana de lucha caótica por parte de los timoneles económicos para cerciorarse de que los terroristas que destruyeron el World Trade Center no hicieran lo mismo con la economía mundial"<sup>14</sup>.



En efecto, en contra de lo esperado, el descenso del índice de la bolsa neoyorquina (*dowjones*), aunque brusco, no fue apocalíptico<sup>15</sup>. Lo mismo sucedió al Nasdaq, donde cotizan las firmas de nuevas tecnologías: su retroceso no figuró entre las máximas caídas de puntos que había obtenido en el pasado<sup>16</sup>. En las primeras horas de la mañana, como prevención ante un temible despeñadero, el portavoz de la Casa Blanca había reiterado que, a pesar de los acontecimientos, "los pilares de la economía de Estados Unidos se mantienen muy fuertes y sólidos"<sup>17</sup>.

Sin embargo, un segundo elemento continuó a la deriva: la necesidad de una aceleración total en el consumo privado. Si los consumidores se encierran en su propio pánico y se niegan a adquirir los productos que el mercado ofrece, la inversión se esconde, la actividad económica se frena y, como correlato, se deteriora aún más el mercado de trabajo. Por esa razón, el primer llamado del gobierno norteamericano no era sólo político, también era económico: Estados Unidos tenía que recuperar la calma y volver a la normalidad. No era sólo un asunto de ánimo y coraje, también lo era de bolsillo. Bush sacó a pasear sus perros y viajó en aviones comerciales como Clinton, en tanto el alcalde de Nueva York invitó y continúa invitando a "gastarse algunos dólares en los restaurantes, los cafés y los teatros". En síntesis: ¡A consumir!

En forma paradójica, la salida de la crisis intentó buscarse en el recurso a la política presupuestaria. De esta manera, la doctrina de la nueva economía, que hizo creer en un aumento constante y sostenido de la productividad gracias a la tecnología, cedió su lugar a viejos paradigmas. De la montaña de escombros en el bajo Manhattan, se levantó, maltrecho, el viejo keynesianismo. El intento neoliberal y monetarista por eliminarlo del escenario financiero internacional en las últimas décadas, no pudo impedir, ahora, su retorno taciturno pero firme a escena. George W. Bush solicitó al Congreso un incremento del gasto público y éste respondió duplicando su pedido. No importó la reducción del superávit presupuestal previsto,

el déficit fiscal, ni los prejuicios frente al papel de los gobiernos en la economía; las necesidades actuales de Estados Unidos obligaron a incrementar el gasto militar y a desarrollar el gasto en la construcción de infraestructura. Para hacerlo, el sector público empezó a desplazar a la inversión privada y se convirtió en su virtual apoyo. A fin de cuentas, la inyección gubernamental de capital promueve la demanda junto al consumo. El equipo de Bush, que había llegado a la Casa Blanca con la disposición de limitar aún más el papel del gobierno central en la economía, discutió, entonces, el rescate de la industria y un nuevo recorte tributario para impulsar su crecimiento; asumió sin ambages y con enorme costo, el papel de la seguridad en los aeropuertos que, desde tiempo atrás, correspondía a las líneas aéreas.

En síntesis, el peligro de la recesión mundial, visible y casi realidad antes de los atentados en contra de las torres, desplegó sus alas por el mundo pero volvió a ser sólo un fantasma. No se marcha del todo y asecha en la distancia. Pero, ahora, los grandes gobiernos del mundo occidental trabajan con ardor para renovar la confianza en el mundo bursátil y el consumo privado. Como nunca antes, los grandes ofrecen su cuartel y su concurso para alejar al mundo de la recesión o aliviar su peso. Un Keynesianismo de emergencia es ahora el nuevo titán que lucha para conseguirlo.



## LA GUERRA EN LA ERA DE LA GLOBALIZACIÓN

A raíz de los ataques del 11 de septiembre en Estados Unidos, la primera guerra del siglo XXI muestra una naturaleza distinta a las conocidas hasta ahora. Sin duda, las coordenadas espacio-temporales en las que se definían los conflictos bélicos han sido modificadas por ese proceso ambivalente y multidimensional de la globalización. Los mapas cognitivos a través de los cuales el escenario internacional se hacía inteligible, resultaron precarios ante una realidad que nos desborda.

En su concepción clásica, la guerra internacional tenía un carácter institucional y unas reglas de juego; suponía tiempos, espacios y rituales estandarizados que se constituían en códigos comunes para las partes involucradas en un conflicto. En las últimas décadas, esos referentes comunes se han modificado, y desdibujan el concepto que imperó por siglos. La globalización contribuye en buena medida a profundizar esta tendencia.

Los atentados contra las torres gemelas y el pentágono mostraron, en sus implicaciones, las nuevas características asumidas por la guerra.

- 13 Una curiosa nota ha pasado inadvertida por la prensa internacional con respecto al 11 de septiembre. Al momento de los hechos, los altos directivos de la Reserva Federal (FED) y de la Comisión de Bonos y Valores (SEC), así como el Secretario del Tesoro de Estados Unidos, se encontraban fuera del país. Convocada una reunión de emergencia, representó a la FED Roger Fergusson, vicepresidente del Banco Central, y a la SEC, Annette Nazareth, esposa de Fergusson. Un matrimonio, afroamericano por cierto, jugó, entonces, importante papel en las primeras decisiones. [http:// public.wsj.com](http://public.wsj.com). (subscriberers only)
- 14 *The Wall Street Journal Americas*, martes 18 de septiembre de 2001. <http://public.wsj.com/home.html>.
- 15 De acuerdo con el resultado final del día 17 de septiembre, el Dow Jones se hundió 684,81 puntos, equivalentes a un 7,13%. Considerado el peor declive en puntos de su historia, estuvo por debajo de la caída porcentual alcanzada el 19 de octubre de 1987: 22,61%. *The Wall Street Journal*, ídem.
- 16 El descenso total del día fue experimentado en 115,75 puntos. Su cierre de 1579,83 unidades, lo deja a un 68,7% por debajo de su máximo de 5.048,62, correspondiente a marzo de 2000, antes de que estallase la burbuja de internet. *The Wall Street Journal*, íbidem.
- 17 <http://cnnenespanol.com>.

- En primer lugar, se trata de una guerra de múltiples actores. Del predominio de los tradicionales problemas de seguridad de los Estados, se ha pasado al ascenso de nuevos tipos de amenazas ligadas a la interdependencia entre las sociedades. Más que entre Estados, la guerra empieza a ser una guerra entre Estados y grupos, incluso subnacionales o constituidos a través de redes transnacionales, es el caso de Ben Laden y Al Qaeda. Pero también puede ser una guerra entre los Estados y sus propias poblaciones, como lo vive ahora Pakistán. Los trazos del enemigo se hacen difusos: se trata de un enemigo que cambia de rostro, de nombre, de objetivos y de estrategias, y que, además actúa a partir de motivaciones muy diversas. Los artífices directos de la guerra ya no serían tanto los militares cuanto los servicios de inteligencia y de seguridad, los agentes y los espías, las minorías étnicas o religiosas en cualquier país, y hasta los individuos. La distinción entre lo civil y lo militar se disipa en este nuevo tipo de guerra.

- En segundo lugar, la globalización también trastoca el espacio de la guerra: uno de los rasgos que la distinguen es su carácter desterritorializado. Para empezar, ya no hay un frente de guerra único; los frentes se multiplican tornándose heterogéneos. Además del frente afgano, existen otros frentes que pasan por los controles de los aeropuertos, los edificios oficiales de las grandes capitales del mundo, los inmigrantes en diversos países. En adelante, el objetivo de las acciones bélicas no va encaminado tanto al control de territorios, sino más bien al control de los flujos (capitales, bienes y personas) que circulan a través del territorio. Asimismo, los teatros de operaciones son variables y no forzosamente ligados a un espacio geográfico. Varias operaciones se desarrollan en espacios virtuales y no territoriales, tales como los circuitos financieros, Internet, y las comunicaciones satelitales. La desterritorialización de la guerra pasa también por

la ausencia de diferenciación entre los espacios sociales; en principio, todo espacio es susceptible de convertirse en campo de batalla. Finalmente, se trastoca esa relación espacial fundamental para los estados y el sistema internacional moderno: la clara distinción entre el ámbito externo y el ámbito interno.

- Un tercer elemento a subrayar lo constituye el hecho de que los conflictos armados en el escenario internacional actual resultan ser, al mismo tiempo, locales y globales. Se trata de una guerra globalizada. Lo que sucede al interior de un país, por pequeño y alejado que sea, puede tener efectos considerables para las poblaciones ubicadas en lugares muy distantes, o incluso inicialmente ajenas al conflicto. Asimismo, las tendencias globales, los flujos transnacionales y los intereses de las potencias, tienen una incidencia creciente en los conflictos internos en todo el planeta.

La interpenetración de las amenazas domésticas e internacionales afectan el margen de maniobra de los responsables políticos. Cada vez más, la política exterior de un país como Estados Unidos no sólo concierne a su relación con otros países sino que, al mismo tiempo, implica decisiones directamente ligadas con su política doméstica.

- En cuarto lugar, la globalización también altera los tiempos de la guerra. En las guerras convencionales existían reglas y rituales que definían esos tiempos. Era posible distinguir entre un "estado de paz" y un "estado de guerra". Generalmente, el conflicto armado empezaba con un hecho contundente y con la subsecuente declaración de guerra que marcaba la división entre los bandos. También eran identificables los rituales que daban por terminado un conflicto: la derrota, la rendición, el tratado de paz o el armisticio.

Los tiempos de la guerra en la era de la globalización son impuestos por el ritmo de la tecnología y de los medios de comunicación. Son tiempos más cortos y decisivos; esta guerra sigue el ritmo de los servicios de inteligencia,



de los circuitos financieros, de la velocidad a la que circula la información en la red satelital de espionaje, de los reportes cotidianos en los medios de comunicación. Se trata de una *guerra con tiempos variables*. Sin embargo, y de manera paradójica, la aceleración en el tiempo va acompañada de la declaración de esfuerzos sostenidos en el largo plazo. Bush anuncia así una guerra prolongada que se podría extender a lo largo de una década o más; una guerra casi tan infinita como la "justicia" que se anuncia ante un enemigo que resulta ser igualmente infinito.

- Finalmente, en la era de la información no hay ejércitos enfrentados abiertamente en un campo de batalla. Los objetivos militares apuntan hacia los centros neurálgicos de funcionamiento del sistema planetario, fundamentalmente los económicos. Por ello mismo, la estrategia militar se modifica. La panoplia militar, los arsenales de armas pesadas, si bien siguen existiendo y formando parte de los cálculos estratégicos, ya no son apropiados para responder a las nuevas amenazas contra la seguridad colectiva. La guerra de hoy pasa, a su vez, por la capacidad tecnológica y política de acceder, analizar, controlar y manipular la información que circula en el mundo.

Los acontecimientos en cualquier parte del planeta son vividos, además, en tiempo real por parte de ciudadanos y responsables políticos. Ello cambia la dinámica de las decisiones políticas y de las acciones militares. Un público más informado es, en general, un público más crítico. Ante el poder que poseen los medios para influir en la opinión pública, los actores del conflicto necesitan implementar estrategias de control sobre la información procedente de cada "frente de guerra". Una tarea sofisticada y compleja en la medida en que los medios son instantáneos y proliferan. De hecho, las estrategias comunicacionales se convierten en uno de los dispositivos centrales de la guerra. Se trata de una *guerra en vivo y en directo*.

Ante estos cambios vertiginosos, la guerra se convierte en un fenómeno que se define en las prácticas y en los discursos de los actores. La guerra será lo que en adelante los actores políticos denominen

y asuman en sus acciones como guerra. Pero también, lo que los medios de comunicación reflejen de esas posiciones, así como la forma en que cotidianamente les confieran sentido a los hechos. Definitivamente, la guerra ya no es lo que era pero aún no sabemos qué es; se trata de un fenómeno que toma forma ante nuestros ojos, y que asimilamos sin saber a dónde nos conducirá. Ella nos pone de presente que todavía no somos plenamente conscientes de cuánto ha cambiado nuestro mundo ni de cuán rápido necesitamos adaptarnos a él.



### ALGUNAS HIPÓTESIS CON RESPECTO A COLOMBIA

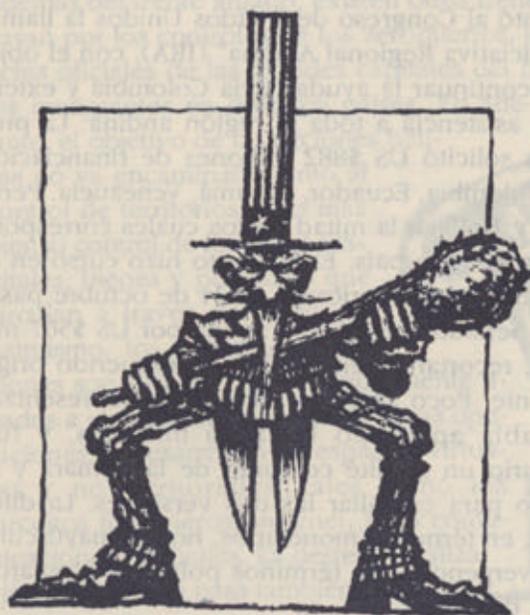
Las relaciones entre Colombia y Estados Unidos atraviesan un momento de redefiniciones. El primer capítulo del Plan Colombia, escrito en la administración Clinton, tiene un segundo capítulo que se escribe ahora con Bush, sólo que su escenario se transforma a raíz de los ataques del 11 de septiembre.

En abril de este año, la administración Bush presentó al Congreso de Estados Unidos la llamada "Iniciativa Regional Andina" (IRA), con el objeto de continuar la ayuda hacia Colombia y extender la asistencia a toda la región andina. La propuesta solicitó US \$882 millones de financiación para Colombia, Ecuador, Panamá, Venezuela, Perú, Brasil y Bolivia, la mitad de los cuales correspondería a nuestro país. El proyecto hizo curso en el Congreso norteamericano. El 24 de octubre pasado, el Senado aprobó una ayuda por US \$567 millones, recortando en un 22% lo requerido originalmente. Poco antes, la Cámara de Representantes había aprobado US \$676 millones, y fue necesario un comité conjunto de la Cámara y el Senado para conciliar las dos versiones. La diferencia, en términos monetarios, no fue mayúscula. Las divergencias, en términos políticos, asomaron en los debates.

Las discusiones para la aprobación del proyecto en Estados Unidos se centraron en la evaluación de los resultados de la primera etapa del Plan Colombia; tanto en términos de disminución del número de hectáreas con cultivos de comercio ilícito y del flujo de drogas hacia el mercado norteamericano, como de los avances obtenidos en el proceso de paz. Por supuesto, entró en consideración el nuevo escenario internacional, centrado en la guerra de Estados Unidos contra el terrorismo. En el debate podemos identificar dos posiciones contrapuestas.

Para un sector crítico, continúan las dudas sobre varios aspectos del plan, sintetizadas de la siguiente manera:

- Se coloca en tela de juicio la efectividad de la fumigación de cultivos como método de erradicación. Es claro que, a pesar de las intensas campañas de fumigación desde diciembre de 2000, los cultivos se han incrementado en un 11% según los datos de Naciones Unidas. Igualmente, crece la desconfianza en torno a los efectos de los herbicidas utilizados, sobre la población y el medio ambiente.



- Otro factor de duda tiene que ver con la utilización y la efectividad misma de la ayuda otorgada el año pasado. El fortalecimiento del sistema de justicia, así como los programas de desarrollo alternativo, no han sido implementados y la agencia encargada de coordinar la entrega de esos fondos, USAID, manifiesta dudas sobre la habilidad del gobierno colombiano para llevarlos a cabo.

- A ello se agrega que algunos congresistas norteamericanos consideran que la ayuda brindada al Plan Colombia, en vez de crear un clima propicio para el proceso de paz, ha contribuido a intensificar la guerra: se duplicó el número de paramilitares y aumentaron dramáticamente sus atrocidades. La teoría según la cual no se puede suministrar ayuda al ejército colombiano hasta tanto no rompa vínculos con los paramilitares y el gobierno muestre resultados efectivos en contra de tales grupos, continúa al orden del día.

Todas estas críticas se han revertido en el recorte al presupuesto inicial de la IRA, así como en la inclusión de condiciones con respecto a la aplicación de derechos humanos, el congelamiento de los fondos para las fumigaciones aéreas hasta tanto se determine que no representan "un riesgo innecesario para la salud y la seguridad humana", y la fijación de límites al número de personal militar y de contratistas privados norteamericanos que pueden estar al mismo tiempo en el país. Dentro de este mismo tono, el Senador Russell Feingold introdujo una enmienda para agregar una nueva condición al paquete de ayuda, que prohíbe la entrega de fondos para la fumigación aérea hasta tanto los proyectos de desarrollo alternativo no estén operando en las áreas afectadas.

La segunda posición central, defendida por un importante bloque del Congreso, ha pasado de la "amenaza que representan las drogas para los ciudadanos norteamericanos", como argumento principal para sustentar la ayuda, a hacer énfasis en la "amenaza de los grupos terroristas colombianos contra ciudadanos e intereses norteamericanos". Se sostiene que la presente campaña contra el terroris-

mo amerita continuar la ayuda militar en Colombia, dirigida a operaciones antinarcoóticos que tendrán como objetivo a las FARC y al ELN, ambos en la lista de grupos terroristas del Departamento de Estado. Sin embargo, el argumento no es nuevo sino, más bien, oportunista.

Por supuesto, reinterpretar el papel de Estados Unidos frente al conflicto colombiano en términos de la lucha antiterrorista, concede argumentos a quienes, desde el principio, han defendido la lucha contrainsurgente como mecanismo para erradicar el tráfico ilícito de drogas. Por esta vía se busca acabar con la ambigüedad presente hasta ahora en el Plan Colombia, acerca de si se trataba de una lucha antinarcoóticos o una lucha contrainsurgente. En adelante, ambas quedarían legitimadas en una sola y única lucha contra el terrorismo, en la cual Colombia podría convertirse en laboratorio para la nueva política norteamericana y en un frente más de la guerra global.

La visión ha aparecido con nitidez en las declaraciones de la embajadora Patterson y de otros funcionarios norteamericanos, así como entre los militares colombianos. Eje central de las conversaciones entre Bush y Pastrana, la nueva visión haría que Washington se decidiera a dejar de lado las diferencias que por polémicas internas estableció entre guerrilla y narcotráfico, y permitiera al dispositivo militar del Plan Colombia dirigirse de manera frontal contra las guerrillas, sin limitarse a las labores de erradicación e interdicción de cultivos y drogas ilegales, como en época de Clinton se había insistido. Por encima de las críticas, esta parece ser la perspectiva que se abre camino para la inversión de la ayuda.

Así, en la justificación del Plan Colombia se invierten las prioridades aunque, en la práctica, los efectos son los mismos: 'la piedra angular del Plan es la erradicación, y su tarea, combatir a todos aquellos que propician el tráfico ilícito', recordaba recientemente la embajadora Patterson. Antes, era la lucha antinarcoóticos la que justificaba golpear a las guerrillas, ahora, una de las formas de combatir a los grupos terroristas es quitar-

les su base económica, que para el caso de Colombia, es el narcotráfico. La estrategia diseñada para el país resultó ser pionera en la lucha antiterrorista sin que, hasta ahora, se hubiese podido proclamar abiertamente. El Plan Colombia, en esencia, se mantiene, como lo ratificó el nuevo jefe del Comando Sur, sólo que adquiere ahora un nuevo color en su ropaje, de acuerdo con las circunstancias: de plan antinarcoóticos pasaría a ser un plan antiterrorista por cuenta de Osama Bin Laden, aunque su contenido continúe incólume. Un auténtico *plan camaleón*.

Finalmente, convertirnos en otro frente de la guerra contra el terrorismo en el mundo tiene unas consecuencias profundas para el tratamiento interno del conflicto armado y el proceso de paz. De entrada, es muy difícil justificar una negociación política con grupos calificados como terroristas. De allí la cautela de Pastrana para recurrir a tales adjetivos, pero también la exigencia de Marulanda para que el gobierno fije una posición clara al respecto. A menos de nueve meses de terminar su mandato, Pastrana se encuentra bajo la presión de obtener algún tipo de concesión de las FARC. Mientras tanto, Estados Unidos expresa su apoyo a Pastrana en sus últimos intentos por mantener el diálogo con las guerrillas, aunque sea en estado de coma, porque no es momento de alborotar avisperos: están en juego la garantía para celebrar las próximas elecciones presidenciales y el futuro del proceso de paz en el siguiente gobierno. Además, en este momento el gobierno norteamericano no necesita otro foco de preocupación, aparte de Asia Central y Oriente Medio.

Como vemos, el replanteamiento del escenario mundial y la configuración de una agenda de seguridad global producto de los ataques terroristas en suelo norteamericano, nos involucra a todos, de una manera u otra y en todas partes del planeta. Se trata de un acontecimiento que ha puesto en evidencia la creciente interdependencia que, a la manera de una intrincada telaraña, se ha ido tejiendo entre los diversos ordenes y sociedades en las últimas décadas. Los destinos de los pue-

blos, grandes o pequeños, fuertes o débiles, están ahora ligados como nunca antes en la historia; es por ello mismo que, como lo sostiene Alain Touraine "...se puede pedir tanto a los europeos como a los propios estadounidenses que frenen una concentración de poder y de los beneficios que ya nos ha introducido en un mundo de violencia y, por tanto, en un debilitamiento de la democracia y en una ampliación de los regímenes y movimientos autoritarios. Pero todos tenemos la responsabilidad de evitar un enfrentamiento cada vez más catastrófico entre un poder absoluto y unos desarraigados sin esperanza"<sup>18</sup>.

.....

.....

.....



18 El País, España. Miércoles 12 de septiembre de 2001.